

Pablo Sáenz: in memoriam



Por Ludovico Videla

El 16 de marzo de 2021 a las 11hs de la mañana falleció el Padre Pablo Sáenz a causa de los efectos respiratorios del COVID 19, que lo afectaba desde hacía unos días. La enfermedad lo había atacado al principio con suavidad, pero se agravó al correr de los días hasta el final. El COVID golpeó a un cuerpo desgastado y con bastantes achaques.

Pablo había cumplido 95 años de edad y 70 de profesión monástica y 64 años de sacerdocio al servicio de su comunidad.

A Pablo tuve la ocasión de conocerlo alrededor de 1970, cuando hacía muy poco que se había iniciado el Monasterio de San Benito en Luján, nueva fundación o en realidad mudanza de Belgrano, localidad donde se había concretado la fundación original de los monjes, llegados de Santo Domingo de Silos a principios del siglo XX. Eran muy pocos monjes: el Padre Martín entonces Abad, Pablo, Bernardo, Bonifacio y los monjes que residían en Belgrano por razones pastorales.

El Padre Pablo en realidad había profesado en 1951 en la Abadía del Niño Dios en Entre Ríos, bajo la conducción del Padre Salvador Laborde, vasco francés, poseedor de un extraordinario espíritu monástico.

Ulteriormente el Padre Pablo se formó en Roma en San Anselmo con profesores de la talla de Dom Cipriano Vagaggini, y se especializó en la teología de San Bernardo.

Posteriormente participó en la fundación de la abadía de Cristo Rey en el Siambón en Tucumán bajo la inspiración de Jean Baptiste Muard, fundador de la "Pierre qui Vive". Luego en los 70 se trasladó a Belgrano y posteriormente a Luján con la mudanza.

En esta nueva etapa, en que yo lo conocí, fue en el monasterio de Lujan donde durante muchos años fue Prior y Maestro de Novicios. Adicionalmente profesor de griego y

latín, actividad de la que surgió su conocida traducción de la Santa Regla de Nuestro Padre San Benito. También fue un gran traductor y divulgador de Juan Casiano, verdadero padre de la vida monástica y manifestó además habilidades artísticas y manuales sobresalientes. Fue carpintero y encuadernador y se destacó como pintor, actividad en que, entre otras cosas, colaboró con Juan Antonio Ballester Peña en sus pinturas sobre piedra en el monasterio Benedictino de Cristo Rey de El Siambón, en Tucumán y en obras destacadas como "La Sagrada Familia y la "Crucifixión".

Pablo era de temperamento muy tranquilo, pacífico pero muy firme en sus convicciones. Provenía de una familia porteña tradicional y conservaba el señorío propio de la tradición criolla. Le entusiasmaban pocas cosas que estaban todas relacionadas con la espiritualidad y la vida monástica. Los monstruos políticos que periódicamente surgían en la Argentina y amargaban nuestra vida, él los miraba con una gran confianza y tranquilidad porque confiaba en que Dios finalmente los pondría en su lugar.

Cuando lo conocí, yo hacía mis primeros palotes en espiritualidad benedictina y tuve la sensación de que Pablo tenía una riqueza y sabiduría espiritual muy especial. Su ejemplo y enseñanza me abrió la puerta de San Benito y la Regla.

Llegado a este punto no puedo dejar de mencionar a Enrique Cassagne. Hombre sabio, cristiano ejemplar, que por la misma época que yo, descubrió el Monasterio de Luján. Él siempre había sido Oblato de Belgrano y esto fue para él, un verdadero hallazgo. Enseguida detectó a Pablo y se amigó con él, y me estimuló para que lo tratara asiduamente, cosa que siempre le agradecí.

Pablo era un alma benedictina pura. En la Regla, en el capítulo 58 que trata del modo de recibir a los hermanos, se dice que el anciano encargado del novicio que se acerca a la vida monástica, debe ver con cuidado si el postulante "realmente busca a Dios y es solícito para el Oficio Divino"; *Et sollicitudosit si revéra Deum quaerit, si sollícitus est ad opus Dei.* "SR, cap58.

El anciano no debe buscar en el candidato la ausencia de pecado, o su inquietud social, como se dice hoy día. Debe apreciar, sólo y principalmente la búsqueda de Dios.

Si algo puede decirse con justicia de Pablo es que siempre, bajo todas las circunstancias manifestaba su profunda y verdadera búsqueda constante de Dios.

El mundo por el contrario quiere construir una sociedad perfecta, llena de virtudes, pero sin Dios.

Pero esto es imposible, no hay ni paz ni justicia ni solidaridad sin Dios. Por ello el remedio es muy sencillo, si el mal consiste en pretender un orden sano sin Dios, el remedio está en volver a Dios. "Escucha, oh hijo, los preceptos del maestro e inclina el oído de tu corazón; acogede grado y cumple con eficacia la admonición del padre piadoso, a fin de que vuelvas por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien te habías apartado por la desidia de la desobediencia." SR, Prologo 1-2.

La búsqueda de Dios debe ser una constante en nuestra vida. Ante lo que nos pasa: buscar a Dios; frente a los obstáculos y dificultades: buscar a Dios; buscar a Dios con la oración, con la liturgia y con el corazón. Busquemos a Dios siempre y él nos auxiliará.

Un sacerdote, el Padre Christian Viña, contaba su diálogo con el P.Pablo cuando tenía dudas iniciales de vocación. “Si tienes vocación no entrarás en el Seminario; Dios te meterá directamente en el Seminario”, le decía. Esta es la otra gran enseñanza que nos dejó Pablo tomada de la Regla: siempre hay que dejar actuar a Dios.

Acostumbrados al voluntarismo moderno incluso al espiritual, nos cuesta confiar en la acción y la providencia divina. Dios actúa en nuestras vidas de diversas formas, aun permitiendo cosas malas como las enfermedades, pero que son misteriosamente válidas para ayudarnos. Nuestra cooperación necesaria es fundamentalmente dejar actuar a Dios. Un gran principio espiritual que tanto nos ha iluminado.

Quiero terminar, dando gracias a Dios por la vida ejemplar del P.Pablo Saénz OSB. Su luminosa personalidad está hoy presente en nuestras vidas cotidianas y nos alienta al futuro reencuentro, cuando Dios lo disponga. Sera, como nos explicaba Pablo, en el ámbito de la verdad, donde comprenderemos todo lo que hoy se nos aparece misterioso. Lo recuerda el profeta Isaías: “a causa de tantas fatigas, él verá la luz y al saberlo quedará saciado”. Is 53,10-11.